Elizabeth Bishop:
quizás alcanzar una estrella

Foto tomada de: *http://elizabethbishopsociety.org/*

Miguel Ángel Flores

Lo que podríamos llamar los resquicios de la voracidad financiera, nos permiten ver de vez en cuando películas llamadas "independientes", aquellas que se colocan al margen de los grandes circuitos de distribución dominados por empresas gigantes, expertas en prácticas monopólicas. Vivimos tiempos de la ganancia instantánea. Los tiempos de recuperación en taquilla del costo y obtención de la ganancia son muy breves; si no se logra encandilar al público con espectacularidad y tonterías, cualquier película estará condenada a la ruina. No se les da la oportunidad de la publicidad de boca en boca, y si tiene suerte, según el país, pasarán a ser exhibidas en pequeñas salas, ante un reducido público especializado o espectadores distraídos. Otras no alcanzarán ni siquiera ese privilegio. No sabemos qué fin tendrá la reciente película basada en las relaciones entre la poetisa norteamericana Elizabeth Bishop y la arquitecta brasileña autodidacta Lota de Macedo Soares. Por su buena factura el fime, seguramente, se convertirá en objeto de culto, como ha pasado con la figura de Elizabeth Bishop. La cinta, intitulada en inglés *Reaching the moon*, y en español *Tocando la luna*, ha cruzado fugazmente las pantallas mexicanas.

Las *biopic*, las películas biográficas, como se acostumbra llamarlas en inglés, siempre han representado un problema para quienes se embarcan en su realización. Se da por descontado que una figura pública, sobre todo, la dedicada a la actividad política, por ejemplo, tiene ya de antemano un posible público por su gran visibilidad: sus biografías, en la gran mayoría, han sido consignadas en el papel. En muchos casos, hay un punto de partida, un consenso sobre los hechos más relevantes de esas vidas. El aspecto de cómo resumir el conjunto de una existencia parece un hecho casi resuelto. Imposible abarcar todo el ámbito de los años de una persona, aunque se cuente con la documentación detallada de ésta y con el auxilio de Funes. Quién podría aguantar horas y horas de la narración de una vida, que como todas las vidas está repleta de actos intrascendentes y vulgares. Filmar la biografía de Paul Léautaud consignada en sus abundantes diarios sólo nos llevaría a la desolación del aburrimiento. Una de las mejores *biopic* jamás filmadas se basó en una vida pública y se la debemos a Orson Welles, de quien recordamos este año el centenario de su nacimiento: *El ciudadano Kane*. Ficción de una vida, es verdad, pero su obra es más que notable al decirnos, con imágenes, cómo se arma el espectáculo de alguien que pasó por los pasillos de la fama, el poder, la ambición y el fracaso.

Elegir la vida de Elizabeth Bishop es todo un reto para elaborar una *biopic*. Decía el gran poeta norteamericano Wallace Stevens, importante protagonista de la modernidad de la poesía escrita en su país, que los hechos en la vida de un poeta son harto vulgares. Tal vez ni Villon escape a su juicio.

Cómo elaborar el guión de una película que parte de la biografía de una poetisa en la que nada sucedió de extraordinario, al menos que así se considere la residencia,

por algunos años, de un poeta en una tierra con no es la natal. Si hubo una vida discreta entre los poetas nacidos las primeras décadas del siglo xx en Estados Unidos, esa fue la Elizabeth Bishop. Superó el trauma de la temprana orfandad y del alejamiento de su madre, quien fue internada en un manicomio. Le quedó de esa experiencia un profundo sentido de marginalidad, de desasosiego por no sentirse integrada a los ambientes que la rodeaban, sentimientos que se plasmaron en su poesía, pero nunca adquirieron en su vida una dimensión dramática.

Su biografía pudo ser documentada en sus aspectos más importantes debido a su inclinación por ser una corresponsal constante de sus amigos en los Estados Unidos. Su obra fue breve, y escribió más cartas que poemas. A pesar de su talento, que le fue reconocido pronto, y de que gozó del aprecio de sus editores, no fue una autora prolífica. Le mortificaba que el proceso de escribir un poema le tomara demasiado tiempo, sobre todo porque estaba sometida a la presión de sus editores, conscientes de que cada vez más la obra de Bishop conquistaba un mayor número de devotos lectores y poco a poco se iba convirtiendo en una figura de culto. La editorial Farrar, Strauss & Giroux siempre la tuvo en su catálogo, y esperaba con infinita paciencia los libros prometidos, y la revista *New Yorker* se enorgullecía de tenerla como colaboradora con sus poemas. Recibió el premio Pulitzer y en el último periodo de su vida impartió clases en la prestigiosa universidad de Harvard. Al final, la obra poética fue muy breve, pero el puñado de poemas que dejó es de los más notables de la poesía norteamericana del siglo xx.

Una vida llevada con discreción, en la que lo más sobresaliente de ella fue el periodo de los años vividos en Brasil. Y sobre ese periodo se centró el director de cine brasileño Bruno Barreto para hacer su película, de excelente factura. La composición de cada escena está llena de aciertos, y en su aspecto visual supo encontrar un tono inspirado en los cuadros de Edward Hooper, cuyas atmósferas pueden muy bien habitar los poemas de Bishop en la concreción del detalle y su luminosidad.

En su desamparo emocional y sentimental, Bishop encontró refugio en el amor por las mujeres. Su inesperada estancia en Brasil fue motivada por la atracción mutua que sintieron la poetisa y Lota de Macedo, una mujer culta, talentosa y acaudalada que le abrió las puertas de la élite política, social y literaria del país que sería su refugio durante quince años. Bishop vivió con pasión su amor y tuvo la oportunidad de conocer Brasil bajo sus más esplendorosas luces y sus más pronunciadas sombras. E inevitablemente, el paisaje natural y social de su tierra de adopción dejaría una profunda huella en su poesía. Aunque la película sólo alude a este aspecto quizá con mucha sutileza.

La productora de la película contó, en una declaración al *New York Times* que desde el remoto año de 1959, cuando fue invitada a una comida en la casa de Lota de Macedo, en las montañas de Petrópolis, tuvo la idea de promover una película con el tema de la relación entre dos mujeres de excepción cuando percibió la empatía entre ella. Aunque una se hallara en un extremo de la sala, alejada de la otra, al cruzarse sus miradas las bocas sonreían: "fue algo especial que nunca olvidaré", dijo. Pasaron los años, Lucy Barreto tuvo un hijo, Bruno; el hijo se hizo adulto y se dedicó a la dirección cinematográfica. Lucy se enteró que en 1995 una autora brasileña, Carmen Oliveira, había escrito un libro sobre la pareja Bishop-Macedo: *Flores raras y comunes*. Allí tenían ya un punto de partida para el guion de la película que Lucy había soñado. Bruno por su parte comentó que fue la lectura de los poemas de Bishop inspirados en Brasil lo que más lo animó a emprender la película. Esos poemas eran más interesantes que los conflictos de la poetisa derivados de su choque cultural con Brasil y de los problemas que la atormentaban. Para él, la película tenía que reflejar una pérdida, derivada de un encuentro y desencuentro. No otra cosa había querido expresar en su poema "On Art": "*El arte de perder no es difícil de dominar, / muchas cosas parecían impregnadas del intento / de perderse que su pérdida no es un desastre*".

Lo que no comentan los Barreto es que la discreta vida de Bishop ya había sido objeto de una novela: *The more I owe you*, escrita por su compatriota Michael Sledge. Tal vez a Bishop le causaría horror, a ella que en cuestión de orientación sexual prefería que todo se

quedara en el closet, saber que su intimidad ha sido expuesta en una película.

La novela se apega con el exceso de la biografía a los hechos de la vida de Bishop. Pero sobre su vida se sabe lo suficiente por la publicación de sus cartas con el título *One Art*, sobre todo las que envió a su gran amigo, el poeta Robert Lowell, quien aparece en el inicio de la película, sin contextualizar la relación tan cercana que hubo entre ellos; o la biografía armada con testimonios orales de las personas que tuvieron trato con la poetisa divulgados en el libro *Remembering Elizabeth Bishop: an oral biography* (1994), de Gray Fountain y Peter Brazen. Ante la escasez de la obra poética y las necesidades del mercado, los editores se apresuraron a recopilar y divulgar sus cartas, y a publicar todo tipo de papeles, muchos de ellos deleznables.

¿Por qué fue Elizabeth a Brasil?

El antecedente del viaje fue un quebranto emocional para ella, quien se sentía infeliz con su vida. Los poemas se le daban con dificultad y su vida sentimental se traducía en conflictos. Alejarse de su medio, de su país, le aportaría la calma que da el tiempo y el olvido. Un largo viaje que la llevase lejos del país natal era el mejor bálsamo a sus males. En la película no se nos informa sobre los motivos que habían llevado a Bishop a embarcarse hacia San Francisco rodeando todo un enorme subcontinente que la haría conocer la Tierra del Fuego. Pero en el camino hizo una escala en Brasil y le salió al encuentro Lota, a quien había conocido en Nueva York años antes. La pasión se encendió entre ellas: dos mujeres tocadas por la genialidad, opuestas en temperamento y complementarias por sus intereses comunes. Dos mujeres que vivieron el amor no sin dolor y cuya relación tuvo un desenlace fatal. El lazo de unión entre Elizabeth y Lota fue tan fuerte que la poetisa permaneció en Brasil quince años, lo que nunca hubría imaginado que sucedería cuando subió al barco en Nueva York. Bishop comentó que había sido imposible rechazar el cariño y la generosidad de Lota, quien le ofreció el hogar que nunca había tenido en su vida. Le construyó un hermoso estudio en la casa de Petrópolis, en unas montañas llenas de vegetación feraz; le ofreció la posibilidad de dedicarse a su obra rodeada de la vegetación del trópico con su exuberancia y la novedad de su nueva patria, llena de una flora y fauna inéditas para ella, y que poco a poco fue plasmándose en sus versos. Fue su temporada en el paraíso ensombrecida por sus problemas de alcoholismo, por el inevitable desgaste que la convivencia conlleva y por el conflicto que le provocaba el trato con los brasileños y su dificultad para hallar la expresión correcta en sus poemas que escribía a cuenta gotas, mientras que su entrañable amigo Robert Lowell publicaba libro tras libro. En *On Art* había hablado del arte de la pérdida. Lo que detonó el camino de la debacle entre las dos mujeres fue la dedicación total de Lota a la construcción del Parque Flamingo, en Rio de Janeiro, en un lote muy extenso limítrofe con el mar, un proyecto muy entrañable para Lota y que iba a ser realidad gracias al apoyo de su gran amigo Carlos Lacerda, devorado por la ambición política al grado de prestar su apoyo al golpe militar que derrocó a João Gulart. Se instauró así la dictadura. Elizabeth Bishop que acompañó a su amigo en su entusiasmo por los militares, se dio cuenta poco tiempo después que sus valores políticos la hacían inclinarse, a fin de cuentas, por la tradición liberal que tiene en alto aprecio a la democracia.

La aceptación de Elizabeth por parte de una universidad norteamericana para impartir clases de poesía —ella que nunca había tenido ni interés ni preparación para el mundo académico— fue su mejor pretexto para abandonar Brasil, para alejarse de Lota, para renunciar a la casa que había comprado en Ouro Preto. El viaje a los Estados Unidos era en realidad una huida. Lota se aferraba a su amante, visitó a Elizabeth en su nueva casa y agobiada por los problemas políticos que le habían complicado en extremo la vida, Carlos Lacerda había tenido que abandonar Brasil, y por el enfriamiento de sus relaciones con la poetisa, tomó la decisión de acabar con su vida ingiriendo barbitúricos.

Los amigos brasileños de Lota culparon a Elizabeth por el triste fin de quien le había ofrecido demasiado cuando ella estaba muy necesitada de afecto.

El ciclo Brasil se cerró definitivamente. Pero no dejó de estar presente en los poemas de Elizabeth Bishop:

el armadillo[1]

a Robert Lowell

Es la época del año
cuando casi todas las noches
suben globos de papel, frágiles, clandestinos.
Impulsados por el fuego ascienden a la alta montaña,

Suben hacia un santo
que aún adoran por estos rumbos,
y por dentro el globo se hincha y se llena de luz
en sístole y diástole, como el corazón.

Ya arriba en el cielo es difícil
distinguirlos de las estrellas —
es decir, de los planetas — por sus vivos colores:
Venus que cae, o Marte,

O el pálido verde. Con el viento,
estallan y se dañan, oscilan y caen
pero si hay calma navegan entre
los papalotes de la Cruz del Sur,

Retrocediendo, encogiéndose, con solemnidad
y abandonándonos firmemente
en su caída desde la cima,
se convierten de pronto en un peligro.

Anoche uno enorme cayó.
Estalló como un huevo de fuego
sobre el acantilado tras la casa.
Las llamas se extendieron. Vimos a un par
de búhos cuyo nido voló en
pedazos, revoloteaba blanco y negro
con una mancha de rosa vivo debajo, hasta
que se perdió de vista.

El viejo nido debió haber ardido.
De prisa, completamente solo,
un armadillo centelleante abandonó el lugar
salpicado de rosa, cabizbajo, con la cola entre las patas.

Y luego saltó un conejo,
de orejas cortas, para nuestra sorpresa.
¡Tan suave! — un puñado de intangible ceniza
con ojos fijos, inyectados.

¡Tan lindo, como un mimetismo onírico!
Oh, fuego en caída y punzante grito
y pánico, y un puño cerrado
apretado ignorante contra el cielo.

[1] Traducción de Miguel Ángel Flores.